



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

Manuel Martí,  
Editor y Director.

SAN JOSÉ, 1º DE ENERO DE 1894.

Antonio Padrón,  
Editor y Administrador.



LUZ MACHADO LARA.  
(DIBUJO DE VALENTE.)



## SUMARIO.

AÑO NUEVO.  
 LUZ MACHADO LARA.  
 AÑO NUEVO, soneto por Justo A. Facio.  
 EL DERVICHE, por Ricardo Fernández Guardia.  
 A MEDIA NOCHE, soneto por Vicente Riva Palacio.  
 EL FIN DE SATANÁS, por Víctor Hugo.  
 DESFILE DE CLAVES, poesía por Salvador Rueda.  
 ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA, por M.  
 CRÓNICA.

Album musical.

EL 11 DE NOVIEMBRE, Mazurca por Luz Machado.  
 EN TU AUSENCIA, danza por F. de P. Tinoco.

## AÑO NUEVO.

Un eslabón más para la infinita cadena de los siglos, un diente más en la boca de ese glotón insaciable que devora hombres y pueblos.

Pasan los años con rapidez increíble. Cada 1º de Enero volvemos los ojos atrás y nos espanta la lejanía del punto de partida.

Bien mirado no debiéramos alegrarnos en este día, pues cada año que corre es un paso que damos hacia la tumba, hacia ese misterioso é ineludible fin.

Pero ya que es costumbre entremos en ella como todos y divirtámonos.

La alegría es un opio que calma las penas del alma.

Levantemos nuestras copas. Unamos nuestra voz al concierto universal.

Vaya un suspiro por las nuevas arrugas y las canas nuevas, nuestro pésame á las amigas que con este año entran al gremio de jamonas.

Riamos como todos, juguemos al bello juego de la dicha, aunque la razón proteste contra el engaño.

¡ Feliz año nuevo !!

## Luz Machado Lara.

Nació en la ciudad de Guatemala en 1871; pero, trasladada á esta República cuando sólo contaba dos años de edad, hoy Costa Rica puede decir con entera justicia: "es mía," y no consentir que sea puesta en tela de juicio la nacionalidad de hija tan distinguida; y la verdad es que el *Derecho Internacional* y la teoría de que el desarrollo del individuo depende del medio ambiente, nos dan la razón.

Qué biografía puede tener en sociedades que semejan apartados remansos una mujer de veintidós años? Ninguna: la existencia en el hogar, la lucha por la vida, la emoción más ó menos intensa que el alma sienta, eso es todo. A LUZ MACHADO podemos aplicar ahora la misma frase dicha cuando Ricardo Palma publicó sus primeros versos: *su biografía está en el porvenir*.

El porvenir! Ese tendrá de seguro gorgoros y fulgores para la artista á quien consagramos estas líneas: la felicidad canta en el alma como una alondra anunciadora del día, y vuela luego del áurea jaula; pero también es como esas palomas que en las primeras horas matinales abandonan el palomar y se van lejos; al medio día ellas vuelven y entonces la traviesa y voluble hada—cuya historia narra Alfonso Daudet en *Le Roman du Chaperon Rouge*—convierte la vida en una mañana de primavera y hace oír "sobre la cabeza la canción de los pájaros y bajo los pies la canción de los ríos". Y entre esas canciones, las doce horas del día pasarán para nuestra artista con túnicas blancas y guirnalda de flores, porque ella lleva encendida el alma por el ideal de la armonía, y puesta la vista en los giros y vueltas de la nota, va siguiendo los infinitos círculos que traza con sus alas azules ó verdes.

Dotada de una voz admirable, de un oído exquisito y de una ansia poderosa, Luz puede entregarse hoy toda entera á su inspiración con la seguridad de que el triunfo la espera al final. Después de oírla en el templo ó en la aristocrática velada de un elegante salón, ¡qué de notas cristalinas, qué de cantos vagos, qué tropel de ideas saltan del fondo del cerebro hacia los planos luminosos en que la inteligencia puede apreciarlos! Es como si una bandada de pájaros de mil formas y colores distintos se destacase del fondo de una selva y acudiera por la fuerza de un conjuro misterioso! Y sobre todos los arpeggios, acordes y andantes ¡qué hinchada de pasión sale su voz, y qué húmeda de lágrimas calientes!

La sensibilidad aparece en primer término en la interpretación que nuestra artista sabe dar á los trozos musicales: ella admirará el sonido, la armonía intacta, el invisible cuerpo de la nota que resplandece en la música de Wagner; pero siempre sentirá su espíritu atraído por el elemento dramático que sacude nuestros nervios, despierta nuestras memorias y aviva nuestros estímulos. Y nada—á mi juicio—que ayude tanto al compositor y al artista que interpreta, como el elemento pasional: todos hemos sentido celos y por lo mismo es más asequible para nosotros la música que expresa á maravilla los de Otelo; muchos han sentido el conflicto entre el amor y el deber que anima el dúo admirable de Raul y Valentina; pocos no han gozado las ternezas que cantan por boca de Julieta; Yago



el envidioso, es hombre, lo hemos visto..... venimos de hablar con él; Margarita es aquella rubia á quien dejamos; en la *Traviata* hay sacrificio; en el *Trovador* hay castillos feudales; en *Lucrecia Borgia* hay amor de madre.....pero ninguna de esas pasiones informan la música del *Tanhäuser*, por ejemplo. Es música que no tiene raíces en la tierra, parecida á las figuras que vemos en sueños. El ideal de nuestra artista siempre será la música en que la pasión humana entra en juego para interesarnos y conmovernos.

Y ya para terminar estas líneas—que no son siquiera una semblanza—vayan dos palabras sobre la mujer: como belleza es una de las que pudieran figurar en primer término si se realizara el concurso imaginado por Montalvo; en el roce social es la dama agradable y correcta formada por padres llenos de distinción y de exquisita cortesía.

---

### AÑO NUEVO.

---

Peregrino que llegas ¡ te saludo !  
Tu aparición deslumbradora me halla  
en medio del fragor de la batalla  
herido, por el suelo y sin escudo.

Vienes risueño y á la par sañudo:  
como de genio que medita y calla,  
tu labio ante el poder que me avasalla,  
eterna esfinge, permanece mudo.

¿Qué importa si descendes al imperio  
del dolor, de la lucha y del olvido  
cargado con las sombras del misterio?

Yo adoro tu confusa lontananza,  
¡ que al cabo en el allá desconocido  
diseña sus mirajes la Esperanza !

JUSTO A. FACIO.

Diciembre—1893.

---

### EL DERVICHE.

---

EN un valle tan ameno, que sólo con el Paraíso terrenal pudiera compararse, vivía un derviche viejo y feo. Sus correrías al través de las selvas habíanle llevado hasta aquel sitio maravilloso y lleno de luz. Las flores más perfumadas y lindas esmaltaban como rica pedrería los mil verdes del suelo; y todas ellas, en abigarrada confusión, erguan sus corolas multicolores y aromosas.

Con los jacintos y amarantos rivalizaban las pe-

tunias y clemátidas; los tulipanes orgullosos parecían desafiar á los claveles reventones, gala de las magnolias; más modestas las margaritas fraternizaban con los crisantemos, y las violetas con los heliotropos y las mimosas. En variados grupos veíanse caléndulas y balsaminas, anémonas y azaleas. Los iris y amapolas, amarilis é ixis se mezclaban en inmensa orgía de colorido, y los geranios palidecían de envidia al ver sus corimbos eclipsados por la esplendidez de los racimos floridos de los rododendros; en cambio el tomillo hermanaba su fresco aroma con el de las verbenas y albahacas. Los pensamientos de ricos matices semejaban aterciopeladas alfombras, en medio de las cuales destacábase de trecho en trecho la cara fraíluna de un girasol, balanceándose sobre su largo tallo junto á las dalias. Las azucenas daban la nota pura y delicada; y entrelazadas sus ramas, como en amoroso abrazo, florecían lilas, ojaranzos y arrayanes, entremezclados de hortensias y madreelvas. Hacia otro lado brillaban los corilopsos cerca de las camelias y gardenias, cuya blancura hacía contraste con el color encendido de las adelfas. Las rosas, hijas de la eglantina, entreabrían sus corolas para recibir la cálida caricia del sol, húmedos aún sus pétalos por los besos del rocío. En fin, todas ellas, las preciosas flores, delicia de las mujeres y las mariposas, se habían dado cita en aquel valle sin igual; desde la *rafflesia arnoldi*, la flor gigante de Sumatra, hasta el *miosotis* pequeño y azulado.

También los árboles más frondosos y los que prohijan las flores más bellas y los frutos más dulces, habían acudido á tomar parte en el torneo. Allí los álamos luchaban en gracia y esbeltez con las palmeras y araucarias; los sicomoros y encinas en tamaño con el boabab; y las acacias oponían la delicada fragancia de sus racimos á la regia hermosura de las magnolias. Con los limoneros y naranjos confundíanse higueras y cerezos; con los bananeros y tamarindos, parales y almendros.

Las orquídeas, soberbias hijas del trópico, campeaban sobre las ramas más elevadas, eclipsando á todas las flores con la sin rival belleza de las suyas; al par que, estrechamente enlazadas á los troncos, subían por ellos evónimas, volúviles y capuchinas. Buscando sombra y humedad al abrigo de los follajes, desplegaban sus anchas hojas de verde y plata las begonias reales; al revés de las piñas suculentas, que en compañía de los cactus, ágaves y áloes, se complacían en las ardientes fogatas del sol.

Un mundo de animales habitaba en medio de tantas maravillas. Arriba en la arboleda las aves del paraíso lucían su espléndido plumaje sin poder eclipsar el de los quetzales y cacatoyes. El canto dulcísimo de cenizotes, jilgueros y calandrias, unido al armonioso gorjeo de toda la gentecilla alada, formaba un suave concierto de trinos, interrumpido á ratos por las notas guerreras del turpial. Abajo, sobre el césped de esmeralda, hacían la rueda los pavos reales, y los faisanes de oro y plata corrían de aquí para allí, cubiertos del rico y resplandeciente esmalte de sus plumas. Cruzaban por la pradera gacelas ligerísimas, y, ebrios de libertad, iban saltando, enarcado el cuello y alta la cola magníficos corceles al través de los campos de alfalfa.

Un lago azuloso refrescaba el ambiente apagando la sed de las raíces y los animales. En sus orillas vivían flexibles bambúes y helechos alboscentes, cerca de los cuales florecían narcisos y ranúnculos. Codeándose con los nenúfares se veían flotar sobre



las aguas las hojas redondas y relucientes de los nenumbos, al par que sus flores, los lotos místicos, abrían sus cálices á la extremidad de los tallos esbeltos y largos. Sobre la superficie unida y tranquila nadaban majestuosamente los cisnes, mientras que debajo de ella, rápidos y silenciosos, partían como flechas los pececillos de brillantes escamas, que luego se paraban, abriendo y cerrando las agallas con un movimiento de fuelle. De vez en cuando una garza real se iba de una orilla á la otra con graciosos y lentos aletazos de abanico, poniendo en fuga á las libélulas, ó pasaba algún pájaro acuático rozando las aguas, como la china que lanza un niño sobre la onda y va rebotando sin hundirse. Graves y pensativos contemplaban los ibis la escena, enclavados sobre una pata, con su impasibilidad de aves sagradas.

Todos los habitantes de aquel lugar encantado vivían en paz unos con otros. No había allí ningún malhechor ni sabandija alguna; las serpientes y las fieras estaban excluidas del número de los elegidos, y por consiguiente el hombre que participa de ambas alimañas. El genio tutelar del sitio, para la conservación de su obra, habíale puesto al amparo de formidable defensa: un abismo profundo y escarpado rodeaba el valle como los fosos de los castillos medioevales. Más allá el espectáculo cambiaba por completo. Era la selva virgen con sus árboles gigantes, sus jarales enmarañados y sus robustas llanas. Rugían las fieras sanguinarias y silbaban las serpientes en la ansia de una víctima.

¿Cómo había penetrado hasta el valle el derviche sin perder cien veces la vida? Sin duda por la virtud de misteriosos encantamientos y sortilegios. Es lo cierto que allí habitaba, lejos del mundanal bullicio, feliz y entregado á la contemplación. El hueco de un cedro le servía de albergue, algunas hojas secas, de lecho. Si llegaba el hambre no faltaba un panal bien repleto de miel, abandonado por las abejas que se habían marchado á otra parte con sus bordoneos y su actividad febril; ó si no, allí estaban las parras, doblegadas al peso de sus racimos monstruosos, como los de la tierra de promisión. Y así iban corriendo los meses y los años, dulces y tranquilos, verdaderamente paradisiacos.

Un día, estando el derviche poseído de éxtasis, el sonido bélico de un cuerno de cazador que tocaban en la llanura le hizo estremecer dolorosamente. Sacudió el sopor del ensueño y se fué encaramando por el cedro con la agilidad de un felino para ver lo que pasaba. Un grito de angustia salió de su garganta. Allá, cerca del lago, divisó una lucida tropa de cazadores, ladraba furiosa la jauría en torno de una gacela próxima á expirar sobre el césped, herida por una flecha de la aljaba del príncipe Alí, señor de aquella corte y el más poderoso de los magnates de Oriente. A lo lejos retumbaban aún los hachazos de los que construían el puente que en adelante iba á unir el paraíso con lo restante de la tierra. Dos lágrimas de fuego rodaron por las mejillas tostadas del derviche. Lloraba su felicidad perdida.

—Quien—había dicho el príncipe Alí—levantar en este sitio el más soberbio de los alcázares que hayan visto los hijos del Islam.—Y á su voz acudieron los más afamados y diestros artifices desde Estambul hasta Granada. El sándalo, el marfil y los mármoles más preciados; las más ricas alcatifas y alahilcas de

Persia, el oro, las perlas y zafiros, fueron llegando en portentosos cargamentos, al lado de los cuales eran acémilas miserables los del templo de Salomón. La Alhambra misma hubiera parecido una pobre choza comparada con el alcázar de Alí, el más soberbio que han visto los hijos del Islam.

El infeliz derviche estaba reducido á vivir como las fieras. Durante el día no le era dado moverse de su tronco por temor de ser descubierto. Pero llegada la noche y apagados los fuegos del alcázar; á la hora en que mudos los panderos y las ajabebas que marcaban las danzas voluptuosas de las adaliscas, brillaban las lucecillas de carbunclos y luciérnagas, salía de su escondite á respirar el perfume embriagador de las tberosas y los nardos, escuchando embelesado el canto melodioso de los bengalíes y ruiseñores, al que se unía el grito metálico y discordante de los grillos y el chirrido de las chicharras. En estas horas de contemplativo noctambulismo solía olvidar en parte su desventura.

Sin embargo, el hado negro no estaba harto de perseguirle. El príncipe Alí se aburría mortalmente; nada lograba sacarle de la profunda tristeza que se había adueñado de su espíritu desde que el más loco de sus deseos se había trocado en realidad; era el más desgraciado de los príncipes.

—¿Qué es la felicidad?—exclamaba con profundo abatimiento.—Decidme dónde se le halla, vosotros, cortesanos, para comprarla al precio de todos mis tesoros y de mi alcázar.

—Señor—contestóle una vez el más prudente,—¿por qué no consultáis con los sabios? Ellos quizá os lo dirán, ya que ninguno de nosotros ha podido hacerlo.

—Que vengan aquí todos—gritó Alí iluminado.

Un momento después salían expediciones hacia los cuatro vientos en busca de sabios, derviches y fakires. Y el desgraciado que se ocultaba en el tronco de un cedro fué sorprendido y lo llevaron junto con los demás al espléndido y aborrecido alcázar.

—¿Qué es la felicidad, vosotros que todo lo sabéis?—preguntó el príncipe. Y fueron diciendo mil cosas distintas aquellos viejos de barbas luengas y piel mugrienta.—La felicidad es la ciencia—decía uno;—el oro—replicaba el otro;—la pobreza—aseguraba un tercero.—No hay más felicidad que el trabajo—gritó un velludo y desdentado santón que nunca había trabajado.

—¿Y tú, por qué no hablas?—interrogó Alí dirigiéndose al derviche.

—Señor—respondió éste con una inflexión de voz extraña y profunda,—permitid que escriba mi pensamiento en un pergamino, el cual no abiréis hasta que hayáis agotado todos los medios que os aconsejan para hallar la felicidad.

—Hazlo como deseas—dijo Alí.—Y ahora pida cada cual lo que quiera obtener de mi magnificencia.

Y á todos les fué otorgando con creces lo que solicitaron. El derviche sólo pidió que lo dejaran vivir tranquilo en su tronco.

—¡Miserable embustero!—exclamaba el príncipe cada vez que lleno de hastío y desesperación reconocía la inutilidad de alguno de los consejos que le habían dado los sabios para hallar la ventura suspirada. Pero no desmayaba en su tenaz empeño; desechado un medio, recurría en el instante á otro.—Y así suce-



sivamente fué alquimista, labrador, derviche, alfarero, nigromante, fakir y cien cosas más, sin que la dicha penetrara en su corazón. Una vez creyó haberla encontrado.

—Sí—decía con alborozo,—esta es la verdadera y única felicidad. El amor y sólo el amor es capaz de proporcionarme el placer, el completo y deleitoso olvido de nuestras penas. Ven á mi lado, mujer, la más hermosa de cuantas alumbró el sol, mi favorita, ante cuya belleza inclinarían abochornadas la frente las más lindas huries del Profeta.—Y lleno de loca alegría enlazaba el talle estrecho de Sara, la judía de Bagdad, de resplandeciente hermosura, cuya boca comparaban los poetas á una granada entreabierta.

Volvió la dicha al alcázar y con ella la algazara de las panderetas. Sucediáanse las fiestas en honor de la favorita. Ya eran fantásticas zambras en que alternaban las guzlas herzegovinas con las guitarras que tañían graciosas esclavas venidas de Ishbiliah, una ciudad de que se contaban maravillas; ó bien cacerías por entre la gran selva, en busca de tigres y panteras, cuyas blandas pieles se convertían luego en alfombras para que las hollasen los piesecitos de la predilecta, haciendo resonar las ajorcas. Otras veces, á la puesta del sol, se iban los amantes por el lago azuloso sobre una gran concha tirada por cuatro cisnes negros.

—Esto es paraíso—murmuraba la hermosa judía, sobrecogida por la divina belleza del paisaje.

—No; es mejor aún — replicaba Alí besando en los labios á su bien amada;—mil veces mejor; porque en el paraíso no existía la felicidad, á pesar de todo lo que allí puso Dios: faltaba el amor. En cambio, todo lo que aquí se agita, todo lo que respira en este sitio maravilloso sólo vive para él. Escucha cómo se arrullan los pájaros en la arboleda; esos trinos son frases de amor. Mira el revoloteo de las mariposas y los colibríes, batallando por la posesión de una flor azucarada. Aquel cervatillo que rápido cruza la llanura va á una cita de amor; ese lirio que se inclina bajo la caricia del viento tiembla de placer. Y tú, mi Sara, mi favorita, me enajenas con la mirada de tus ojos de esmeralda.

•••

Traedme el pergamino que dejó el derviche que vive en el cedro—dijo una mañana, sombrío y taci turno, el príncipe Alí, el más poderoso de los magnates de Oriente.—Leedlo—añadió cuando se lo hubieron traído.

—La felicidad es la muerte!

Estas palabras resonaron lúgubres y aterradoras en medio del silencio.

—¡La muerte! ¡La muerte!—repetía el monarca con terrible expresión—¡Si estará cuerdo este loco!... Preparad una gran cacería para la noche. Vendréis todos, cortesanos.

•••

¿Qué calamidad horrible es la que azota al más tranquilo de los rincones de la tierra? ¿Qué llamas son esas, y cuáles esos gritos de pavor? Todo el valle se estremece de espanto. El alcázar de Alí arde por los cuatro costados, y los alaridos que llegan hasta la selva en alas del viento, salen de las bocas encarnadas de las sultanas próximas á morir por orden de su señor. De pronto pasó una fantástica cacería; corrían desenfrenados los caballos, locos de terror y desgarrados los ijares por el acicate que los

precipita en infernal galope. Centellaban á la luz del incendio las cimitarras y los regios alcafares con fatídicos reflejos. Al frente de la tropa venía el príncipe Alí, extraviados los ojos y demudado el semblante. Ya el abismo está próximo y no se detiene la calbata . . . . ¿A dónde váis así, mentecatos? ved que la muerte os espera . . . . Un paso más y . . . . ¡Teneos! . . . . Ya es tarde, todos ruedan á la profundidad en pos de su amo, con sordo bramido de torrente que se despeña. Cortesanos hasta el fin.

Avanzó entónces el derviche hacia el abismo, de cuya hondura salían aún rumores de muerte, y lanzando una inmensa carcajada que sacudió su largo y enflaquecido cuerpo como en una convulsión histérica:

—¡Miserable imbécil, la felicidad es el egoísmo!

•••

Y el derviche fué otra vez feliz; y las ruinas del alcázar se cubrieron de líquenes y yedra, y por entre las grietas de las paredes brotaron ahelfes amarillos.

Ricardo Fernández Guardia.

### A media noche.

¡Suenan las doce! Alegre movimiento  
Responde á las sonoras vibraciones,  
Y músicas, y gritos, y canciones  
Lleva en sus ondas presuroso el viento.

¡Un año terminó! Surge el momento  
Que arrastra los ignotos eslabones  
De otro año, que, preñado de ilusiones,  
Contempla en su delirio el pensamiento.

Y mientras tanto, el tiempo inexorable  
Las horas de su reino desprendidas  
Arroja en el abismo inexcrutable  
Donde van las edades confundidas;  
Y en su carrera sigue infatigable  
Sembrando cunas y segando vidas.

VICENTE RIVA PALACIO.

### El fin de Satanás.

*Et nox facta est.*

I

Hacia cuatro mil años que iba cayendo en el abismo.

Tavía no había podido agarrar una cima ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada. Se hundía en la sombra y la bruma, azorado solo; y tras él, en las noches eternas caían lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca y los pies hacia los cielos,



impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó: Muerte! tendiendo los puños hacia la sombra vacía. Más tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano, que él apretó, como la tumba aprieta á un muerto, y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—Cae! las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito!—y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos, pero todavía brillaban. Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos: Mientes!

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas.

Semejante á los dioses de bronce, de pie sobre sus zócalos, satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún. El rayo rugía en los mismos cielos fríos y solos. Satanás rióse y escupió hacia el trueno. La inmensidad, llena de la sombra visionaria, le estremeció. Esa saliba. más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

## II

La caída del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrío y atravesado de agujeros como una criba, el cielo lleno de estrellas se alejaba; la claridad temblaba, y el gran precipitado, desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crimen, caía, y, como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huía: ningún obstáculo de qué poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, la sombra!

Y él cerró los párpados espantado.

Y cuando los abrió, tres soles brillaban solamente, y la sombra había roído el firmamento: los demás soles estaban muertos.

## III

Una roca salía de la bruma negra como un brazo que se extiende. Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas.

Entonces meditó el sér espantoso que se llamaba *Jamás*. Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tres pupilas, le miraban, pero él no los miraba. El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando, en la tarde, el horizonte se hunde retrocediendo sombreado á los ojos blancos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta los pies del gran proscrito. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las cimas del caos se confundían unas con otras.

De pronto sintió que le nacían unas alas horribles. Comprendió que se volvía monstruo y que en él el ángel aspiraba, y el rebelde sintió algún fastidio. Dejaba sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse el odioso frío de su ala membranosa cruzando los brazos, al-

zando la frente; el bandido, como si engrandeciese bajo el oprobio, solo en esas profundidades llenas de ruina, miró fijamente la caberna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca oscuridad cerraba el cielo aterrado, y haciendo más allá del último promontorio una triple abolladura á ese vidrio negro, tres soles confundían sus tres irradiaciones. Se habría dicho que eran las tres ruedas de un carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de la bruma como proas. Y bien! exclamó satanás, sea! aun puedo ver! Él tendrá el cielo azul, yo tendré el cielo negro. ¿Cree él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No queda más que un sol.

VÍCTOR HUGO.

## DESFILE DE CLAVELES.

Tengo sobre la mesa donde escribo los cuadros que mi pluma describe y traza, en actitud yacente, como una muerta, una dulce vihuela sugestionada.

Cataléptica extraña de la armonía, obedece al mandato de mis palabras, y todas las canciones que de ella evoco, de los tristes bordones llorando saca.

Cuando de mis novelas y poesías en la labor mi numen débil se arrastra, invoco cualquier canto de los que esconde en los misterios músicos que hay en su caja,

y digo: "Sugestiva guitarra mora, que encierras los brillantes aires de España. toca aquel paso doble que me seduce, toca aquella guerrera valiente marcha".

Entonces las clavijas crujen y lloran, las cuerdas se estremecen y se atirantan, y del fondo del alma saca la muerta el primer arabesco de sus sonatas.

Ahora, al mediar de un libro, mi débil pluma, como rueda hasta el cubo, torpe se atasca, y acudo á la vihuela, que es quien inspira mi mente, desplegando sus mustias alas,

y exclamo: "Cataléptica guitarra triste que encierras los brillantes aires de España, exhala de tus cuerdas revivadoras el pregón de las flores de nuestra patria".

Vedla; ya de sus notas la melodía en vistosos claveles condensa y cuaja, y encantados los ojos por el hechizo, aparecer los miran con forma plástica.

En gallardo equilibrio sobre las cuerdas desfilan los de manto de intensa grana, con diadema bordada por el rocío sobre el carmín ardiente color de llama.

Siguen los amarillos, donde coloca el oro sus matiees y notas claras, de ambarinos reflejos iluminando las pajizas hojuelas despunteadas.



Van los disciplinados tonos rompiendo en polvo de colores con que se esmaltan, y su túnica viva finge radioso sueño kaleidoscópico que rauda pasa.

Los de negra corona cruzan y enseñan de su cáliz pequeño la fina mancha, y vibran el menudo tallo nervioso sobre la amante cuerda donde se agarran.

Le siguen los de á libra, salud vertiendo, con las túnicas ricas desabrochadas, y revientan de orgullo viendo lo hermoso de sus hojas ardientes como las ascuas.

Los blancos se deslizan por los bordones, y en ellos los cansados ojos se paran, bañándose tranquilos en la pureza de la nieve en que envuelven sus frescas galas.

Avanzan los que acuerdan triste martirio, los de la dolorosa nota morada, y los de la purpúrea lujosa túnica, y los de las corolas tornasoladas.

La música, hecha flores, brota en claveles del seno de la linda sonora caja, y puntean la marcha las melodiosas cuerdas sobre los trastes aticantadas.

Ya oyendo sus acordes vibra mi mente, ya inspiración divina brota en mi alma, y la cuartilla, á medias interrumpida, á la animada pluma convoca y llama.

¡Sus! Sañd del cerebro, bellas ideas, imágenes ardientes y apasionadas... ¡epiléptica triste, para tu música, que ya el brillante estilo pinta la página!

SALVADOR RUEDA.

## LA ESCUELA NACIONAL de MUSICA.

El sábado 23 del corriente tuvo lugar en el Teatro de Variedades la distribución de premios de la Escuela Nacional de Música.

En la imposibilidad, por no contar con el espacio necesario, de detallar minuciosamente el programa de este acto, nos concretaremos á manifestar nuestra verdadera satisfacción por los adelantos que durante el año han hecho los alumnos de ese establecimiento.

La clase de conjunto instrumental que la forman los alumnos Marina Quesada, Caridad Quesada y Salomón Castro, como primeros violines; Trinidad Montero, Alice Farrer y Rafael Alpizar, como segundos; viola, Ángela Quesada; violoncello. Belén Quesada y Ema Méndez, y contrabajos, Josefina Villavicencio y Ramón Cerdas. Acompañó con una precisión y colorido admirables, la *Melodía* para violín, composición del señor Monestel, y que con tanta afinación y arte ejecutó la señorita Alice Farrer, así como también la *Miniatura* cuyo violín á solo desempeñó el aprovechado alumno don Salomón Castro, y la original *Serenata* cantada por la señorita Luisa Montero, á la que admiramos y felicitamos de corazón, así como á su profesora la señorita Marcelina González.

El alumno don Rafael Alpizar nos hizo oír

una *Fantasia* para violín acompañado al piano por el joven don A. Poiras. El público con sus aplausos les demostró á ambos jóvenes que siempre sabe premiar la verdadera aplicación al estudio.

Dedicamos párrafo aparte á la bellísima y modesta alumna Marina Quesada que merece sin disputa los honores de la artística fiesta.

La señorita Marina Quesada, empezó la ejecución de una bonita *Gavota* para violín que escuchámos temblando; pero pronto nos convencimos de que nuestro temor no tenía fundamento, pues Marina demostró desde los primeros compases, que pertenece á la poco numerosa, cuanto privilegiada familia de los artistas.

Y no es que la señorita Quesada arrancase á su violín mundos de notas ni tempestades de arpegios, como puede hacerlo el violinista que según la frase consagrada *toca mucho*: es que con esa delicadeza hija de la buena escuela, con esa inspiración de artista que no se aprende ni se adquiere, con ese *quid divinum*, línea divisoria entre el genio y la inteligencia, Marina sentía y nos hacía sentir; es que acertaba á dar á la música esa expresión y esos matices que llegan al alma, que para apreciarlos no se necesita conocer la ciencia del contrapunto.

También el público supo manifestarle su entusiasmo llamándole con nutridos aplausos á la escena. Reciba nuestra entusiasta felicitación, de la que justamente creemos debe participar también su inteligente profesor don José Barrenechea.

Los demás números de que se componía el programa fueron bastante bien desempeñados por los alumnos, y terminó tan agradable velada con el célebre *Oratorio* del maestro Gounod "*Gallia*" muy bien interpretado por los coros, y en el que la señorita Marcelina González nos hizo admirar una vez más todo el esplendor de sus bellísimas facultades.

No hay duda el Director de la Escuela Nacional de Música debe estar enorgullecido de tan brillante éxito, por lo que le enviamos nuestros parabienes.

M.

## CRONICA.

La Municipalidad de Cartago ha sido siempre entusiasta protectora de todo lo que tiende al progreso y cultura de esa provincia. De ello acaba de dar una prueba más, creando bajo sus auspicios una Escuela de Música, que será dirigida por el notable profesor don José Campabadal, que tanto ha contribuido al desarrollo del Divino Arte y que há tiempo cuenta con considerable número de aventajados discípulos.

Merece, pues, el Ayuntamiento de esa provincia el reconocimiento de todos sus hijos.



El Doctor don Nazario Toledo es acreedor á que lo felicitemos, pues la señorita Julia Hogan, que hoy es la compañera de su vida, es tan apreciable por sus bellas cualidades, que el nuevo hogar que se ha formado tendrá que ser siempre venturoso.

Las fiestas cívicas de Alajuela se verificaron durante los días 24, 25 y 26 del pasado no con la animación que era de esperarse, debido á las continuas lluvias que interrumpieron casi todas las partes del variado programa con que se iban á celebrar.

El señor Presidente, que asistió un día, fué atentamente festejado y recibido.

El Presidente de la Junta de Educación de San José, don J. Marcelino Pacheco, pasó atenta invitación para los exámenes de las escuelas graduadas de esta capital en los días 24 y 25 del mes pasado.

Debido también al mal tiempo el examen de las escuelas de niñas tuvo que transferirse para la noche del 27.

La concurrencia á esos actos fué numerosísima.

El resultado de los exámenes fué mangífico.

Saludamos cordialmente al distinguido caballero, General don Víctor Guardia, quien llegó á esta ciudad hace poco tiempo, deseando que pase entre nosotros muchos y agradables días.— Nuestro parabien á su apreciable familia.

Don Anastasio Alfaro y su apreciable señora están ya entre nosotros, de regreso de la Exposición de Chicago.

Que sean bienvenidos.

Con placer anunciamos á nuestros lectores que del próximo número en adelante publicaremos trabajos originales del distinguido y joven escritor salvadoreño don Arturo A. Ambrogi, quien se ha servido favorecernos con su colaboración.

Hemos recibido de don Anastasio Alfaro, el *Catálogo razonado de los objetos arqueológicos de la República de Costa Rica en la Exposición Histórico-Americana de Madrid* y el *Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica exhibidos por el Excmo. señor don Julié de Arellano*, en la misma exposición; y de don Próspero Calderón el *Almanaque de Guatemala Ilustrada*, preciosa publicación, llena de selectos trabajos de escritores centro-americanos.

Damos las gracias á los señores Alfaro y Calderón.

Por motivo de duelo de nuestro colaborador don Aquileo J. Echeverría, no aparece en este número la *crónica de Sociedad*.

Nuestros lectores excusarán la falta.

## ANUNCIOS.

### Notas y Letras.

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

Precios de suscripción.

Trimestre adelantado.....	\$ 2-00
Números sueltos.....	0-75
Números atrasados.....	1-00

Anuncios á precios convencionales.

Administración: CALLE 19, N.º 69, N.

## OBRAS

DE

### Juan Fernández Ferraz.

DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE VICENTE LINES.

Nahuatlismos de Costa Rica.....	\$ 1-50
Lenguas indígenas de Centro América.	1-00
Tristes (colección de elegías).....	1-00
Colombinas.....	1-00
Cantos escolares.....	0-25
Librito de los deberes.....	0-15
Programa de recitación (1.ª parte).....	0-25
Gloria (drama social).....	0-25
La Enseñanza (3 volúmenes varios c/ vol. ....)	1-55
La Enseñanza (3 c/ número suelto)....	0-20

## LA ESCUELA MODERNA.

Revista pedagógica hispano-americana.

SE PUBLICA BAJO LA DIRECCIÓN DE

DON PEDRO DE ALCÁNTARA GARCÍA.

Precio de suscripción: 5 pesetas trimestre.

JUAN F. FERRÁZ.

## PAUL WEDEL

ofrece en su tienda, situada en la esquina del Gran Hotel, un precioso surtido de toda clase de géneros para señoras, caballeros y niños.

Para la estación de verano ha recibido de los mejores almacenes de Europa, verdaderas novedades de pequeño y gran lujo, que ofrece á módicos precios.

Una visita á su bazar, dejará satisfecha á la persona más exigente y del gusto más delicado.

TIP. NACIONAL.



# El 11 de Noviembre

## MAZURKA

por Luz Machado.

Tempo di Mazurka  
Piano.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. The key signature has one flat (B-flat) and the time signature is 3/4. The music begins with a piano (*p*) dynamic. The melody in the upper staff features eighth and sixteenth notes, while the bass line consists of chords and single notes.

The second system continues the piece. It includes a *dim et poco rall.* marking, indicating a decrescendo and a slight slowing down of the tempo. The musical notation follows the same two-staff format as the first system.

Mazurka.

The third system of musical notation features a piano (*p*) dynamic. The melody in the upper staff is characterized by wide intervals and slurs, typical of a Mazurka. The bass line provides harmonic support with chords and moving lines.

The fourth system is enclosed in a box and labeled "1ª vez." (first time). It shows a key change from B-flat to C major, indicated by the sharp sign on the F line. The notation includes a repeat sign at the end of the system.

The fifth system is labeled "2ª vez." (second time) and includes a "8ª" marking. It concludes the piece with the word "Fin." written at the end of the upper staff.



First system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various chords and melodic lines. A fermata is present over a chord in the right hand.

Second system of musical notation, continuing the piece with complex chordal textures and melodic passages in both hands.

Third system of musical notation, marked with a piano (*p*) dynamic. It features a first ending bracket labeled "1<sup>a</sup>" and a second ending bracket labeled "8<sup>a</sup>".

Fourth system of musical notation, marked with a first ending bracket labeled "vez." and a second ending bracket labeled "2<sup>a</sup> vez.". It includes a key signature change to one flat.

Fifth system of musical notation, featuring a first ending bracket labeled "1<sup>a</sup> vez." and a second ending bracket labeled "8<sup>a</sup>".

Sixth system of musical notation, featuring a first ending bracket labeled "2<sup>a</sup> vez." and a second ending bracket labeled "8<sup>a</sup>".



Allegro  
D.C.  
con forza

The first system of the musical score features a grand staff with two staves. The left hand plays a complex, rhythmic accompaniment with many beamed notes. The right hand plays a melody with a triplet of eighth notes. The music is in 4/4 time and the key signature has one sharp (F#).

The second system continues the musical piece. The left hand accompaniment remains intricate, while the right hand melody progresses. A triplet of eighth notes is visible in the right hand.

The third system shows further development of the melody and accompaniment. The right hand features a triplet of eighth notes.

The fourth system continues the musical progression. The right hand has a triplet of eighth notes.

The fifth system includes a double bar line. The right hand has a triplet of eighth notes.

Trio.

The sixth system is marked 'Trio.' and features a double bar line. The right hand has a triplet of eighth notes.



A mi querido Sobrino Don Francisco Valiente T.

EN TU AUSENCIA

# Danza

por Fran.<sup>co</sup> de P. Tinoco.

PIANO.

The musical score is written for piano and consists of seven systems of two staves each. The time signature is 2/4. The piece begins with a series of eighth-note chords in the right hand and a steady eighth-note bass line in the left hand. The first system includes a repeat sign. The second system features a change in the bass line to a more active eighth-note pattern. The third system continues with similar textures. The fourth system shows a more complex rhythmic pattern in the right hand. The fifth system has a prominent bass line. The sixth system features a series of chords in the right hand. The seventh system concludes with a double bar line and the initials 'D.C.'.